

LA DESOBEDIENCIA
(Ó EL CUERPO VACÍO)

ALEJANDRO AGUILAR

© Alejandro Aguilar, 2021
© Iliada Ediciones, 2021
ISBN:

www.iliadaediciones.com

ILIADA EDICIONES
Heidebrinker Str.15
13357 Berlín
Alemania

Maquetación: Tobías S. Hirsch
Edición/Corrección: Lauren T. Hope.
Logo Iliada Ediciones: Maikel García
Diseño: MJA —AV Kreativhaus UG

A Vincent Van Gogh.

A Freddy Mercury.

A nuestro "Caballero de París".

LA DESOBEDIENCIA
(Ó EL CUERPO VACÍO)

0

La magia del momento

El inminente encontronazo con el monstruo de mil cabezas lo empuja hacia el vértigo. Frente al reverso del telón, sombrero mágico, Paco resbala piel adentro hacia las vísceras del personaje que encarna. Será esta noche o no será nunca. Debe lograrlo para que todos sientan su presente cruzado de angustias, alzado únicamente por la fe en sus propias fuerzas, en lucha con los desprendimientos posibles del personaje. Sus desprendimientos. Vidas paralelas que a ratos se entrecruzan y vuelven a darse en ciclos que algo o alguien determina, dejando al hombre en la inmensa soledad del actor. Náuseas diferentes erosionan su aplomo cuando las enormes alas se abren acelerando la asfixia ante la masa oscura, ávida de arrancarle la vida en palabras y gestos que no serán más los suyos. Apropiación inevitable para llegar a la epidermis del ser que habla. Soledad en el cerco de candilejas. Usurpación cargada de dolor y de goce. Manipulación al fin. Sobre los años en que estuvo alejado de estas lides está él, tembloroso, tratando de fingir serenidad. En un momento siente los temblores en retirada y vislumbra una posibilidad de alcanzar el éxtasis. Inhala todo el aire del mundo en otro esfuerzo por controlarse hasta que, poco a poco, va adueñándose de la situación. Y con un empuje más, como de salto a ciegas en el vacío, se funde con el ser que sale a la superficie con la tristeza de quien vivió otras vidas, tan lejos y tan cerca de la suya.

... Una generación no está hecha de personas de la misma edad, sino de personas que viven y trabajan juntas... por así decirlo, en el mismo barco...

El silencio pesa más que la oscuridad. Sólo la figura del hombre escapa de lo negro, apenas sostenida por líneas luminosas que dibujan su silueta a la altura de los hombros. Su sombra es un cuchillo que penetra el haz sobre la escena y amenaza desatar las pasiones de la audiencia

...ahora bien, desde hace algún tiempo, muchos pasajeros caen al agua. Pronto quedará tan poca gente de la tripulación que el barco irá a perderse en alta mar y se convertirá en un pecio...

Se activa el sobrecogimiento de la masa oscura. Negro vibrante sobre negro en postración *¡He visto desaparecer tantos capitanes!* Murmullo de ventanas acosadas por el viento. Campo de girasoles que gimen, dejándose llevar por la melodía que se extiende hacia los prados de la noche. Calculados silencios. Complicidades mal disimuladas

...con frecuencia, he tenido que tomar la rueda del timón cuando, antaño, descansaba confiado en la sabiduría de navegantes más advertidos que yo...

La figura se recoge sutil sobre sí misma mientras se acerca al final del parlamento, hasta que el largo mutismo de la audiencia salta en añicos y la ovación lo acribilla. Él se hunde en una profunda reverencia, al tiempo que en su gastada pupila la sala, el público y la extensa curva del proscenio ascienden como la luz. Su cabeza pende muy cerca del piso y la sangre se agolpa, queriendo estallar por gravedad y júbilo. La ovación aplastante del respetable que delira al otro lado del foso le hace levitar como en un sueño dentro de otro sueño. Todo en un momento. Años de vida que suben y bajan con el vértigo de una ola de recuerdos, alegrías lejanas, vacíos que se esfuman. El rumor de un campo de junquillos batido por el viento en Auvers-sur-Oise se aleja cual escenario rodante que

desaparece tras un nuevo decorado, al tiempo que el telón cercena la maravilla del reencuentro; la oreja cortada que no alcanza a detener la vida ni aplaca la intensidad de su locura. El público de siempre frente a Paco del Real, que vuelve a ser el mismo de entonces.

Una vez incomunicado por la gruesa cortina, y aún antes de que la avalancha de actores se lance sobre él, Paco mascula improperios extemporáneos:

—Magnífico texto. ¡Gracias, Cocteau! —y ahora en voz que trata de alcanzar al otro—. Pero el final es patético. ¡No se debe manipular al público de tal modo! —Sus comentarios son salvas que se pierden en la indiferencia del grupo. Ya llegan hasta él los primeros abrazos, los segundos gritos, los muchos besos, la algarabía. Marcos no aparece aún. Se reserva la magnanimidad del director orgulloso de su baza de triunfo para el momento en que la *troupe* se abra en dos y un pasillo improvisado los lance al uno contra el otro, y de nuevo la histeria, los gritos, las emociones de la farándula... ¿Y Julia? Ella está sola, en aquel ángulo que no alcanza a verse desde el lunetario porque la visión de las vísceras que mueven la escena rompería la magia del acto teatral. Aislada, como lo estuvo desde aquel lejano día, hace casi veinticinco años, cuando hizo voto de sacrificio para salvar a Paco. Anclada en pleno territorio de la verdad. No aplaude. Lo mira de frente, casi desafiante, pero sólo percibe un desfile de imágenes sobre los sucesivos *blackouts* y las escasas iluminaciones acontecidas en todos estos años. Los hechos la desbordan, y cuando no resiste, se da vuelta para que él no pueda ver que llora.

1

Puntos de partida

*M*ás de quinientos mil habaneros se dieron cita para recibir al líder soviético, Mikhail Gorbachev, que arribó a nuestro país a las 5:58 de la tarde de ayer, 2 de abril de 1989, cumplimentando una invitación del Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba... La hoja de papel planea indecisa cambiando varias veces la dirección del movimiento en la medida que desciende, rompe el ritmo, se pliega, e intenta un ascenso imposible antes de caer derrotada por su propio peso más allá de los límites donde él pueda alcanzarla con la punta de la bota ...*el pueblo de la capital, en representación de todos los cubanos, tributó al visitante una calurosa bienvenida a su paso por la avenida de Rancho Boyeros...* Se queja de la maldita necesidad de inclinarse bajo la mesa para no ser visto, con lo mal que se siente, y se arquea mientras su mano alcanza el frasco oculto entre las piernas y entonces bebe un largo trago de "Chisp'e tren" o "Destello ferroviario", como gusta decirle a su inseparable compañía ...*Radio Reloj da la hora... tres cuarenta y siete minutos...* —¡Uf! —apenas alcanza a recuperar el papel y la postura. —Este cabrón no es capaz de hacer tiempo. Quiere dejarme en evidencias ...*el texto... ¿dónde estamos? ¡Aquí! ...Más de quinientos mil habaneros se dieron cita para recibir al líder soviético, Mikhail Gorbachev, que arribó a nuestro país...* ¡Coño! ¡Ahora sí la jodí!... *en el minuto anterior... Radio Reloj da la hora... tres cuarenta y ocho minutos...* Al otro lado de la mesa, la

mitad del rostro cubierto por el inmenso micrófono que cuelga del techo, el colega que alterna con él minuto a minuto en el noticiario lo mira con una mezcla de burla y reprobación, la misma expresión de todos en su entorno. Las mismas caras de siempre. Rostros ajenos, como prestados para estar sin ser. Perfectas válvulas de escape. Paco rodeado por ausencias mujer, ausencias hombre. Cuerpos que no sancionan ni rechazan, pero apenas toleran. Cerebros cómplices...

A través del cristal ve el rostro cárdeno del jefe, que le hace señales de urgencia para que salga de la cabina. Le espera en su oficina. Otra reprobación —¡bah!— y Paco aprovecha el recodo del pasillo para terminar el trago que no pudo fluir como a él le gusta, encorvado como estaba en aquella posición de borrico lactante. ¡Ah! Ahora se siente mejor. ¡Listo para un nuevo sermón!

—¡Paco del Real, carajo! ¿Qué estás haciendo con tu vida? ¡Ya no eres un niño! ¿A quién crees hacer daño con eso? ¿No te das cuenta de la responsabilidad que tenemos todos aquí? ¡Esta no es una emisora deportiva!

Es el tono lectivo de alguien impuesto allí para que mantenga el control de la emisora. Es el alcohol que devora con obsesión a Paco del Real, ese fantasma que se mueve en su cuerpo, engendro que ya nunca podrá volver a ser la persona ni el artista que fue. Pero "El jefe", como le encantaría que todos le llamaran, no es más que un mediocre, un controlador de temas, frases y locutores atados a un libreto rigurosamente vigilado...

—Sabes que te respeto...

Buena falta le hace el cacareo de alguien que no se respeta a sí mismo. ¡Bah! Deja caer ante su mirada esa cortina que silencia y hace nevar sobre las imágenes que capta la retina. Lo invade la amable sensación del banco de parque que le acogió la noche anterior, como otras muchas. Duro y helado, pero solidario con su hastío, calmante contra el vértigo, banco de parque, amigo. A ratos, su visión se retrae y algún

que otro sonido llega a su subconsciente. El paso de un camión que golpea sus oídos a la altura del asfalto. Una lata vacía que rueda con sorpresa ante el empuje de un viento extraviado en el sólido verano. Ruidos de la ciudad aún seductora. Sugestopedia vana.

—¿Te acuerdas de la época en que tu nombre figuraba con letras grandes en las carteleras teatrales?... Yo era de los que te saludaba por la calle sin que tuvieras idea de quién era... ¿Y qué has hecho de ti? ...

Sí. ¿Qué han hecho de mí "los que me conocieron en la época en que mi nombre figuraba con letras grandes en las carteleras teatrales", los que actuaron con todas las malas intenciones y los que permitieron hacer, los que subieron al carro escalando sobre tantos despojos para compartir algo de poder y ganar la tranquilidad de la autoanulación? Se acciona en su mente un mecanismo que antes de lanzar al aire lo que piensa vuelve a silenciarle, mientras su mano, como una autómatas, se mueve tratando de alisar una arruga visible en el faldón de su camisa.

—¿No sientes pena de ser hoy lo que eres?

—¡Por favor, Gutiérrez! —No suplica, advierte de la explosión inminente. Aviso innecesario. La escena palidece de tanto repetirse. Siempre el mismo discurso, seguido de iguales exabruptos. El portazo (abominable como todos los portazos) despedaza el absurdo kafkiano de la situación. El verdugo sermonea a la víctima por no aceptar alegremente la tortura, por no asumirse como piltrafa despojada de moral y sangre... ¡Por favor, Gutiérrez! resuena en la oficina y llega a la mejilla del otro con el golpe de viento que desplaza la puerta al cerrarse. Viento contaminado con la pócima de "el jefe", estremecido por la violencia del hombre que acaba de salir.

—¡Haz con tu vida lo que te dé la gana, pero si vuelves a joderme de esta manera, si sólo vuelves a llegar a la emisora con olor a alcohol, voy a acabar contigo, borracho de mierda!

—Blasfema el jefe en la soledad de sus predios. Vocifera aunque nadie puede oírle, porque no puede quedarse con las bilis en la boca. Porque necesita defenderse del miedo a perder la nada que consiguió en tantos años de aceptar sin chistar. Y el recinto se llena de una penumbra amarga como de plaza abandonada.

Ya en la calle, Paco arranca de una sola aspiración lo que queda en el frasco y lo lanza con ira contra un gato esquivo. El aire lo vapulea y le exacerba el vértigo del alcohol. Desanda tragando aire, derrochando improperios contra la ciudad, tan víctima de todo lo posible como él mismo.

¡He visto desaparecer tantos capitanes!

murmullo de ventanas que golpean a su paso, susurrantes

...con frecuencia, he tenido que tomar la rueda del timón cuando, antaño, descansaba confiado en la sabiduría de navegantes más advertidos que yo...

de puertas que se cierran amedrentadas ante las palabras malditas del orate en pos de la ciudad y sus temores. Le empuja la resolución suicida del beodo que avanza hacia la batalla final. Arrojo que enseguida fenece y se convierte en pena, abandono, dolor, sueño. Declinar que cesa cuando un grito de burla le alcanza y su ardor se sacude. Paco quiere pasar a la riposta sin saber de dónde proviene la mofa. Cual alocado periscopio, panaea a su alrededor. Frente a una pared inmensa ve al grupo. Son cuatro jóvenes estrafalarios, transgresores en su pura imagen, que hacen del muro estéril colosal pintura. Su agresividad se torna entusiasmo. Ve aliados allí donde las melenas aletean con el viento y los colores pretenden cambiar la faz de la ciudad. Siente la fuerza que mueve los pinceles y el grito de las manchas. Está en el clímax del combate que debió emprender hace ya tanto tiempo. Se equilibra, rehace su chamarra y alista el sable. Entrecierra los ojos para mirar al frente

No podemos errar. Se decide aquí nuestra victoria. De la moral de la tropa depende todo en el combate

Y les arenga con el puño en alto:

¡La desobediencia será el único resorte verdadero de la juventud!

Toma aire y otra vez busca el fiel de su balanza para volver a la carga

¡La audacia y el heroísmo sólo pueden expresarse desobedeciendo las costumbres y las viejas leyes!

Las últimas palabras suenan a llamada al combate y una salva de burlones aplausos le secundan. El mariscal Paco se alza sobre el entusiasmo de los jóvenes aguerridos y se lanza el primero al ataque. Sus pies se enredan en la trampa de botellas, latas y pinceles y va a caer con su cabalgadura justo a los pies del altar a la belleza. Cesa la risa mientras vienen a él y lo alzan preocupados. Abre los ojos y ve los rostros vibrantes que se difuminan por momentos. Rostros amigos. Ofrece su mano. Lo levantan. Recompone sus hábitos ahora coloridos a destiempo.

—¿Me conocen?... ¿Alguna vez oyeron hablar de mí? ¿No? ¿Oteló? ¿Yarini? ¿El filósofo? ¡Qué importa! No me hagan caso. ¡Lo importante es que no se dejen morir, muchachos!

Baja al manto de silencio que cubre a los jóvenes, lanza una mirada en ráfaga al muro, masa amorfa de colores que, no obstante, anuncia ya la maravilla de una idea libertaria, y otra vez se hace al camino, ahora rumiante, abochornado. A sus espaldas, Marcel reconoce tardíamente el rostro del viejo cartel colgado en una pared de su estudio, el mítico Paco del Real a quien siempre admiró. Pero la rapidez con que irrumpió el espectro en medio del entusiasmo del grupo apenas le dejó tiempo para la confusión, que dio paso luego a la vergüenza, por haber embromado a alguien que fuera uno de los grandes de la escena cubana, cuando aún ellos no habían visto las luces y sombras de este mundo.

Calidades del recuerdo

Paco recuerda el olor a resina envejecida que invadía La Habana por la que se arrastraba a duras penas en aquellos días de alcohol y alucinaciones. Era una mezcla de aromas de alquitrán, humo y lodo. Sentía una especie de arenilla en la boca que le hacía rechinar los dientes. La mandíbula tensa. La mirada enfocada a duras penas sobre objetos que ¡«• sirvieran como referencias para mantenerse equilibrado.

Todo lo que recuerda se desdibuja, se diluye en la mediana oscuridad de las horas crepusculares. La ciudad de su mente estuvo detenida siempre en unos minutos antes de las seis de la tarde. No recuerda sino un fresco penetrante, casi frío, sobre el cuerpo recalentado con el deambular del día, e involuntariamente cruza ahora los brazos sobre el torso. No puede precisar los rostros que encaraba entonces. Las facciones se desdibujan como transeúntes que cruzaban por su lado siempre de prisa. Apenas recuerda un nombre, sólo siluetas y en el aire, la persistencia de una canción que no logra recuperar. Una música intermitente con reminiscencias de bolero. Una canción imprecisa pero nostálgica que se aleja en la medida en que logra hilar un par de estrofas. Y le deja solo de pie, en medio de una avenida que se estrecha poco a poco, hasta que las paredes de uno y otro lado le oprimen, se funden sobre él hasta desaparecer. Y apenas queda el aire acariciando su cuerpo lastimado, salvándole de todos, adormeciéndole con notas duramente audibles de una melodía escuchada alguna vez, allá en su infancia... Pero todo esto, ¿cuándo sucedió? ¿Dónde? ¿Ocurrió acaso?